

...en el que aprendemos algo sobre los viajes en el espacio

**A**lex estaba sentado en la cama leyendo un libro. Un chico normal en un apartamento normal en una ciudad normal. No tenía nada de especial, salvo un pequeño detalle: el libro que estaba leyendo estaba escrito en un lenguaje mágico. Todavía no lograba entender todas las palabras, pero lo intentaba. En el teléfono que tenía a su lado tenía un diccionario electrónico abierto, en el que Álex buscaba el significado de palabras nuevas. De repente, en la pantalla apareció una notificación. Álex miró el teléfono y se sorprendió. Había un mensaje de uno de los usuarios de la Academia de Magia Novakid: «¡Necesitamos ayuda!»

Al parecer, uno de sus amigos había conseguido enviar un mensaje al mundo humano. ¿Pero quién sería? Álex no lo sabía. Sin embargo, no importaba. Lo importante era que alguien ahí fuera necesitaba su ayuda. Al recibir tal mensaje, no podía quedarse de brazos cruzados. Al mismo tiempo, Álex no podía tele transportarse al otro mundo sin avisar a nadie. Sus padres y su querido gato Bartolomiau se preocuparían si no lo encontraban en la habitación. Tenía que encontrar una solución. Álex se levantó de la cama y salió de su cuarto.





Mamá y papá estaban viendo una serie en la televisión.

— Mam-a-a-á, pap-a-a-a-á, me voy a acostar, ¿vale?

La madre puso en pausa el vídeo.

— Hijo, ¿por qué tan temprano? —preguntó la madre, sorprendida.

— Bueno, estoy... estoy algo cansado hoy. Y mañana hay cole, y la primera clase empieza temprano...

— ¿Pero te encuentras bien? —la madre, preocupada, se acercó a Álex y le puso la mano en la frente.

— Sí, estoy bien. Solo tengo sueño.

— Muy bien, hijo, buenas noches —dijo la madre, besándolo en la frente.

— Buenas noches —dijo su padre, bostezando. De hecho, la serie era un poco aburrida y él mismo estaba un poco adormilado—. Haces bien, hay que descansar. El que se acuesta temprano se levanta temprano. Y quien madruga logra hacer muchas más cosas —resumió, y volvió a bostezar.

Álex volvió a su habitación y cerró la puerta. El inicio de la operación había sido un éxito. Para no despertar ninguna sospecha, Álex apagó las luces. Viajar por el espacio y el tiempo es toda una aventura. Hay que cumplir tres reglas.

1. Tienes que tener un diccionario de lenguaje mágico en la mano.
2. Hay que pensar en el lugar al que quieres tele transportarte.
3. Tienes que pronunciar un hechizo.

Álex se situó en el centro de la habitación, cogió su viejo diccionario de inglés de tapa azul (el electrónico no servía para desplazarse), cerró los ojos, pensó en la Academia de Magia Novakid, respiró hondo y pronunció:

— ¡Teleport me!

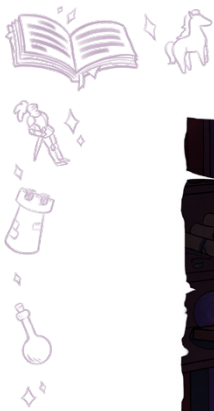
Cuando Álex abrió los ojos, al principio parecía que no había pasado nada. A su alrededor estaba todo oscuro. Tal vez la magia no había funcionado. Pero, aun así, Álex no se atrevió a moverse: debía esperar al menos a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y los contornos de la habitación se hicieran visibles. De repente, se oyó un sonido muy cerca de Álex: el musitar de unas páginas. Al principio, Álex pensó que era Bartolomiau que se había colado en la habitación y se había subido a la librería. Al gato le gustaba dormir cerca de los libros, como si supiera leer. Pero no. El sonido era como si alguien pasara las páginas de un libro. Y Bartolomiau no sabía pasar páginas.

En cuanto los ojos de Álex se acostumbraron a la oscuridad, miró a su alrededor. Parecía que se encontraba en la biblioteca de la Academia. Justo delante de él, en una de las mesas de la sala de lectura, había alguien hojeando un libro. «¿Quién puede ser y por qué me han llamado aquí? —pensó Álex—. «En cualquier caso, tengo que hacer algo. Parece que tendré que hablar con el desconocido» —decidió finalmente Álex.

Pero justo cuando abrió la boca para pronunciar el saludo mágico de obligado uso para presentarse ante cualquier criatura que conociera el lenguaje mágico, unas zarpas agarraron sus brazos y desde ambos lados sonaron dos hechizos a la vez:

— *Glasswal.*

— *Silence.*



En ese preciso instante, apareció una pared de cristal entre Álex y la misteriosa criatura que hojeaba el libro, y Álex sintió que los músculos de su cara se paralizaban. Pero también había buenas noticias. Álex reconoció a quienes lo sujetaban: Luna y Astro. Se habían conocido el año pasado. Por aquel entonces, cada uno de ellos representaba a su facultad en el desfile de facultades de la Academia de Magia Novakid.

– Te lo contaremos todo, pero no te asustes ni grites.

Álex asintió. No importaba lo que estuviera pasando: Luna y Astro, sus amigos, estaban a su lado y se podía confiar en ellos.

Astro pronunció:

– *Speak.*

Álex sintió que sus músculos faciales se relajaban. Podía volver a hablar.

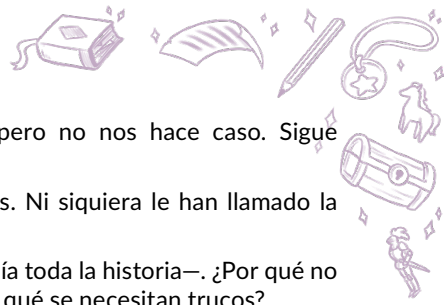
– ¿Por qué me habéis convocado y qué está pasando aquí?

Luna y Astro empezaron a hablar interrumpiéndose el uno al otro a cada momento:

– Un duendecillo ha aparecido hoy en la Academia.

– Nadie sabe cómo ni de dónde, porque hay antiguos hechizos que prohíben a los duendecillos entrar.

– Sin embargo, apareció, y el profesor Novus Wizword nos dio la misión de atraer al duendecillo a la sala de invitados. Para que no cometa ninguna fechoría en la Academia.



— Llevamos una hora intentando distraerlo, pero no nos hace caso. Sigue hojeando un libro y no le afecta ningún hechizo.

— Sí, no le interesa ninguno de nuestros trucos. Ni siquiera le han llamado la atención el tiovivo o los falsos espejos.

— Espera, espera —dijo Álex. Todavía no entendía toda la historia—. ¿Por qué no se puede simplemente capturar al duendecillo? ¿Por qué se necesitan trucos?

— El profesor Novus Wizard dijo que los duendecillos son muy asustadizos. Así que la única manera de atraparlos es jugar con ellos.

— ¡Pero no quiere jugar a nuestros juegos!

— ¡Parece que nuestra magia no tiene ningún efecto en él!

Al contarle, los amigos de Álex no paraban de interrumpirse el uno al otro.

— ¿Por eso me habéis convocado?

— Sí, así es. Quizá tu sí puedes hacer algo. Hemos probado con hechizos de gatos y perros, pero ahora necesitamos uno de humanos.

— El lenguaje mágico es el mismo para todos —objetó Álex.

— ¡Sí, pero la misma palabra pronunciada por diferentes magos puede tener un poder diferente! —comentó Astro. Álex no podía negarlo.

El duendecillo, mientras tanto, seguía inmerso en el libro. Pasaba las páginas, murmurando algo inaudible para sí mismo.

— ¿También conoce el lenguaje mágico? —preguntó Álex.

— ¡Qué va! No sabe juntar ni dos palabras. El profesor Novus Wizard dijo que los duendecillos eran incapaces de aprender.

— ¿Entonces no crees que esté leyendo ese libro ahora? —preguntó Álex.

Luna y Astro miraron al duendecillo, que seguía las líneas con el dedo.

— No... no lo creo. Lo más probable es que el libro huela a algo que le gusta —respondió Astro, negando con la cabeza.

— No nos distraigamos con discusiones —dijo Luna—. Tenemos que buscar la manera de llevarlo a la sala de invitados.

— Quizá se podría prescindir de la magia y simplemente dejar un rastro de comida desde la biblioteca hasta la sala de invitados. No está lejos —sugirió Astro.

— Sí, pero no se le puede llevar por el pasillo. En cualquier momento puede asustarse y salir corriendo —respondió Luna.

— ¿Tal vez podríamos tele transportarlo allí? —preguntó Álex.

— Es una buena idea. Pero para que el hechizo de teletransporte funcione, el duendecillo tiene que estar cerca de nosotros. Y entonces puede que lo asustemos y se eche todo a perder —comentó Astro.

— Entonces tenemos que escondernos y atraerlo hacia nosotros.

— Pero ¿cómo podemos hacerlo?